

El hombre es el único ser vivo que puede lograr o malograr su existencia.

Gilberto Urrutia

Así será de cierta esta afirmación que escogí como título, que sólo tenemos que pensar y tomar en cuenta la siguiente característica natural que tienen todos los animales y vegetales sin excepción:

Todos los seres vivos inferiores cumplen correctamente con las funciones y los propósitos, que según su naturaleza les han sido asignados, y además, las contribuciones específicas de cada género al ecosistema natural, las hacen como debe ser y las hacen siempre bien. Ellos logran su existencia siempre.

De esa diferencia tan extraordinaria y evidente entre los animales y nosotros los seres humanos, nunca había estado yo tan consciente como lo estoy en este momento de mi vida. Y supongo que algo similar les habrá sucedido a ustedes y a la gran mayoría de las personas que como yo, viven en el ambiente artificial de las grandes ciudades.

Estamos tan acostumbrados a leer y a escuchar permanentemente sobre la supremacía de los humanos en relación al resto de seres vivos: inteligencia, raciocinio, creatividad, dominio de la naturaleza, intelecto, ciencia, conocimientos, etc; que de tanta superioridad y engrimiento, nos hemos olvidado de recordar de vez en cuando, algunas de las ventajas, que los otros seres del reino natural tienen sobre nosotros los humanos.

La conocida frase en nuestro idioma que dice "*Estoy feliz como una lombriz*", aún cuando la persona que la inventó, me imagino que habrá pensado sobre todo en la excelente rima de las palabras, y no en el sentido literal de la frase, creo sin embargo, que esa comparación en el grado de felicidad, no es tan equivocada y no es en absoluto tampoco tan descabellada como aparenta ser.

Si a la felicidad la describimos como ese estado emocional agradable en el cual el ser humano está en condiciones óptimas de: amor, tranquilidad, paz interior, satisfacción consigo mismo y con su destino, dicha, sentido de propósito; y si suponemos que los animales pueden desarrollar un estado de existencia similar al nuestro, podríamos entonces figurarnos muy bien la felicidad de una lombriz.

Las dos metas más anheladas por los seres humanos son el vivir una existencia feliz y sin sufrimientos.

Esas son las pautas o los ideales hacia donde orientamos nuestras acciones y actividades, como si fueran dictadas por un instinto natural.

Pero a pesar de que Dios también nos dotó con la inteligencia, la conciencia y la libre voluntad justamente para poder analizar esa situación y tomar decisiones más sensatas y concientes, la gran mayoría de las personas se empecinan en perseguir esas dos metas ilusorias y alejadas de la realidad. Justamente por eso y muy temprano en la adolescencia, se inicia la discordancia entre los anhelos y la realidad; y eso es lo que trae consigo el descontento y la frustración, que conocemos bien y que sentimos una y otra vez en el transcurso de la vida.

Una existencia feliz y sin sufrimientos, no son más que ilusiones y anhelos seductores que nosotros mismos nos creamos en la mente, anhelos que pueden ser legítimos y atractivos, pero imposibles de realizar en la cruel realidad de la vida en éste mundo.

Crear, desear, imaginar e intuir son cualidades espirituales universales con las que nace todo ser humano, y además, son algunas de las muy pocas actividades que podemos hacer con absoluta libertad y que no dependen de ningún otro factor o condición, sino sólo de nuestra voluntad.

Esto significa que cada persona en su mundo interior es totalmente libre de crear, desear, imaginar e intuir cualquier cosa y sin límite alguno, si así su propia voluntad lo decide, sin embargo, en el mundo exterior que nos rodea y en la realidad que existe fuera de nuestra interioridad y que por cierto, es siempre una sola, es diferente y dispone de infinidad de límites y condiciones.

Desear y crear son capacidades que hay que aprender a emplear y a administrar bien con la ayuda de la conciencia, la razón y la fe, según sea la situación en que nos encontremos y dependiendo de a quién le brindemos nuestra confianza en el momento de crear.

Para ilustrar mejor esto, voy a utilizar dos ejemplos comunes pero extremos:

Un adolescente de familia adinerada, quien se imagina y se cree que él ha nacido para ser feliz y pasarlo bien en la vida. Él piensa que su deseo es realizable y trata de lograrlo poniendo todo el empeño posible, ya que cree mucho en sí mismo y en sus capacidades. Sin embargo, en el instante que él toma su decisión, no se da cuenta que ese anhelo es apenas un sueño pueril de la juventud, y ni siquiera se imagina que su meta es una misión imposible en la realidad del mundo. El resultado de esa actitud ante la vida es conocido: desiluciones, frustraciones y sentimientos de culpa que causan el descontento y las penas que van despertando al individuo de su sueño inicial, pero solamente hasta que se fabrique su nuevo sueño. Y así sucesivamente, yendo de sueño en sueño, el individuo pasa años o bien décadas tratando de vivir sus propios sueños y deseos, alejado de la realidad y por lo tanto, siendo infeliz.

Una persona respetuosa y sumisa a Dios, escucha a alguien predicar la Palabra de Dios, se interesa y compra una Biblia. Al leerla se entera de la buena nueva anunciada por Jesús del perdón de los pecados y la promesa de vida eterna en el Reino de los cielos. La persona cree y acepta a Dios como Creador del universo, de los seres humanos y el mundo natural en que vivimos.

El individuo conciente de la supremacía de Dios todopoderoso sobre sus criaturas, se subordina ante la divinidad y prefiere, en determinadas circunstancias, poner su confianza primero en Dios antes que en sí mismo.

Cree en la promesa de Vida eterna anunciada por Jesucristo y en función de esa gran esperanza, adopta entonces la actitud ante la vida, con la que va afrontar la dura realidad del mundo, esperanzado y por lo tanto satisfecho consigo mismo y contento.

Los asuntos clave y decisivos en éstas dos situaciones personales diferentes son: saber en quién poner la confianza, en sí mismo o en Dios, y estar muy conciente de lo que sucede verdaderamente en la realidad y estar vinculado a ella.

En el caso del adolescente, evidentemente él no está conciente de que su vida en la realidad no depende solamente de sus deseos e ilusiones, y de que se viene al mundo a vivir lo que le corresponda según su destino y no a ser feliz.

En el caso de la otra persona, ella está bastante conciente de sí misma y de la realidad de la vida, y a pesar de que el deseo de vivir eternamente, pareciera ser una misión más que imposible en la realidad del mundo, en vista de que la promesa de vida eterna la ha dado a conocer el Hijo de Dios, en esa particular circunstancia decide ella poner su confianza en Dios Todopoderoso, creyendo que si la promesa viene de Dios, entonces debe ser verdad y en consecuencia, la cree.

Cada quien es libre de creer lo que quiera, pero también cada uno de nosotros es absolutamente responsable de sus decisiones y de las consecuencias que traen consigo sus creencias.

Hay una escena en el libro de los hechos en la Biblia, que indica de forma muy instructiva, el estado de conciencia de las personas y su disposición a poner la confianza en Dios en las grandes decisiones de la vida:

Casi toda la ciudad se reunió el sábado siguiente para escuchar la Palabra de Dios. Al ver esa multitud, los judíos se llenaron de envidia y con injurias contradecían las palabras de Pablo.

Entonces Pablo y Bernabé, con gran firmeza, dijeron: “A ustedes debíamos anunciar en primer lugar la Palabra de Dios, pero ya que la rechazan y no se consideran dignos de la Vida eterna, nos dirigimos ahora a los paganos.”

Hechos, 13, 44

Fijémonos con detenimiento en lo que Pablo les dice a sus queridos hermanos de raza judía, quienes sabían muy bien y esperaban la venida del Mesías (Cristo en griego): *“pero ya que que la rechazan y no se consideran dignos de la Vida eterna...”*.

Si a tí te hicieran hoy la pregunta: ¿te consideras digno de vivir eternamente?
O dicho de otra manera: ¿Consideras tú que mereces vivir eternamente?
¿Que responderías?

Independientemente de cómo uno responda a esa pregunta, es cierto e incuestionable, que Dios si considera que nosotros todos merecemos vivir eternamente, y por eso Jesucristo, su hijo amado vivió entre nosotros, murió crucificado y resucitó para demostrar al pueblo de Israel y a la humanidad toda, la verdad de esa Buena Nueva.

Y lo único que Dios nos pide es:

- creer de corazón en Él y en su divino amor hacia la humanidad, demostrado magistralmente por Jesús su Hijo, con su vida, su Evangelio y su sacrificio.
- Hacer nuestra la Promesa de Vida eterna en el Reino de los Cielos y esperar confiada y pacientemente en su cumplimiento.
- Aferrarnos a Jesucristo y a su Palabra en el Evangelio y seguirla fielmente.

Creer en Dios como cree un niño con humildad y con confianza absoluta, es el primer paso que tenemos que dar.

La fe es el don divino maravilloso con que Dios a dotado a su criatura amada. La fe es el grandioso instinto espiritual del alma humana que nos permite pensar que existe Dios y creer en él, en virtud de que somos creación suya, y que nuestra meta final es vivir eternamente junto a Él.

San Agustín lo describió magistralmente en su Confesiones: *“nos creaste para ti y nuestro corazón andará siempre inquieto mientras no descanse en ti”*.

Sin Dios, somos como seres perdidos en el universo, que desconocen su origen, ignoran su camino y carecen de meta. Sin Dios, el ser humano no es nada y anda errante por la vida sin rumbo ni destino y privado de auténtica felicidad. Dios es el principio y la meta de nuestro existir. Y nuestra vida en éste mundo no es más que el puente que nos lleva a la vida eterna con Dios.

Otra sabia y esclarecedora explicación de San Agustín fue la que escribió sobre la felicidad en el ser humano:

La felicidad es Dios.

“Debemos, pues, buscar qué es lo que hay mejor para el hombre. Ahora bien, el hombre es un compuesto de alma y cuerpo, y, desde luego, la perfección del hombre no puede residir en este último. La razón es fácil: el alma es muy superior a todos los elementos del cuerpo, luego el sumo bien del mismo cuerpo no puede ser ni su placer, ni su belleza, ni su agilidad. Todo ello depende del alma, hasta su misma vida. Por tanto, si encontrásemos algo superior al alma y que la perfeccionara, eso sería el bien hasta del mismo cuerpo. Luego lo que perfeccione al alma será la felicidad del hombre. La felicidad del hombre es la felicidad del alma.”

Si leemos con atención éste argumento de San Agustín y lo analizamos bien, nos daremos cuenta que sus afirmaciones son muy lógicas y tienen sentido.

Agustín dice: *“...el sumo bien del mismo cuerpo no puede ser ni su placer, ni su belleza, ni su agilidad...”*

Sólo tenemos que pensar y tener en cuenta que a partir del preciso instante del parto y del nacimiento de un ser humano, ya se inician las molestias, las irritaciones, las incomodidades y los dolores en el frágil cuerpo del recién nacido. Desde que llegamos al mundo y si nacemos absolutamente sanos, se alternan sin cesar: enfermedades, hambre, sed, cansancio, frío, calor, plagas, dolores, golpes, molestias, sufrimientos, etc.

Pensemos en todos aquellos que nacen con alguna enfermedad congénita o defecto, con impedimentos físicos o mentales y en las personas sanas que sufren accidentes o se enferman gravemente en el transcurso de su vida.

Recordemos el deterioro inevitable del cuerpo y de su belleza natural por el envejecimiento que se da con el paso del tiempo, debilidades que se empiezan a notar a los 40 años de edad, y después en la vejez, aparecen cada vez con más frecuencia los achaques y quebrantos de salud típicos de la edad más avanzada.

Por todas éstas razones, es que no debemos hacer depender nuestra felicidad de los placeres del cuerpo, de su belleza, salud y agilidad.

Hoy en día nuestra existencia y nuestra felicidad la identificamos casi exclusivamente con nuestro cuerpo frágil, vulnerable y doliente. Ignoramos completamente que tenemos también un alma eterna.

La fuente inagotable de nuestra felicidad está en el alma inmortal y divina, en ese tesoro invisible que llevamos dentro del cuerpo, que somos, sentimos y con la que dialogamos en nuestra conciencia.

La felicidad se logra alcanzar, pero es transitando a través de los placeres, las limitaciones y los sufrimientos del cuerpo. Tenemos que aprender a identificar nuestra felicidad con los estados del alma: el amor, la complacencia, el afecto, la satisfacción, el regocijo, la paz, etc; estados éstos del alma que nosotros mismos podemos generar con plena libertad interior, e independientemente del mundo exterior y del estado de nuestro cuerpo. La felicidad del hombre es la felicidad del alma.

Dios creó a los animales con un cuerpo y con unos instintos que los gobiernan y les señalan todo lo que tiene que hacer para lograr su existencia y su propósito en el mundo natural.

Al hombre y a la mujer los creó Dios con un cuerpo y con un espíritu o un alma inmortal, a su imagen y semejanza, para que cumpliera un propósito determinado en el mundo natural y después de su muerte, al separarse el alma del cuerpo, el alma regresa a Dios en el Reino de los Cielos, para vivir espiritualmente una existencia eterna.

Únicamente tú tienes la elección de vivir tu vida contento o descontento, y por consiguiente, de lograr o malograr tu existencia.